

## La Secularización de las Bienaventuranzas

Por Luis Fernando Venegas

[luis.venegasw@gmail.com](mailto:luis.venegasw@gmail.com)

<http://luisvenegas.wordpress.com/>

### **Y viendo las multitudes, subió al monte; y sentándose, sus discípulos vinieron a Él.**

Los discípulos de Jesús: este fue el auditorio, el grupo al que el Maestro enseñó y predicó el famoso sermón de la montaña. Según los pasajes anteriores, en este momento Jesús ya tenía un grupo de seguidores a los que antes había prometido convertirlos en pescadores de hombres (Mateo 4:18). Pero además de estos cuatro hermanos (Pedro y Andrés, Santiago y Juan), había gente atraída por la fama de aquel sanador de Galilea que además de exorcizar, proclamaba “arrepíentanse porque el Reino de los cielos ha llegado”. El galileo decía que esta era una buena noticia. El Rabí hacía y decía, enseñaba y actuaba. Pero, ¿de qué tenían que arrepentirse?, ¿qué era ese Reino de los cielos?, ¿quiénes eran sus súbditos?, ¿quién era el Rey? Acaso pocos de los que estaban en ese monte querían saber las respuestas. Quizá sólo deseaban ver el espectáculo: “¿verdades doctrinales?, ¿eso es para los teólogos! Dame de comer, quítame esta enfermedad, consuélame, resucita a alguien...”.

“Los discípulos se acercaron”. Sus seguidores, aquellos a los que algunos años después les llamarían cristianos, la comunidad de los cercanos de Jesús; ellos fueron los que escucharon este mensaje. Jesús evangelizó en primer lugar a sus seguidores. ¿Por qué se nos olvida ese mensaje a los que decimos seguirlo en el siglo XXI?

### **Bienaventurados los pobres en espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos**

El gran discurso de Jesús inicia con un mensaje de alegría y esperanza dirigido a los que esta sociedad generalmente subestima. Y de entre todos ellos, los primeros que deberían sentir ánimo son los pobres de espíritu. A ellos, el Maestro los promete el reino de los cielos. Aquí, en estas pocas palabras están los temas recurrentes en el evangelio de Cristo: los necesitados y el reino espiritual.

Pero, ¿a qué pobres se refiere Jesús? No a los desposeídos de bienes materiales sino a aquellos que lo son de “espíritu”. He aquí una señal que no debemos olvidar. Sólo sin ese espíritu egoísta el ser humano podría recibir al verdadero Espíritu que viene de Dios. Ahí está el fundamento del evangelio y, al final, de la salvación. Si uno quiere tener una relación con Dios, si quiere recibir esa herencia que se llama “reino de los cielos”, deberá hacer morir su ego.

Los cristianos encontramos la riqueza en el cielo, no en esta Tierra. Qué tristeza dan los cristianos arrogantes, orgullosos y vanidosos, esos que se creen superiores al resto de los mortales, que no se dan cuenta que para convertirse del mundo material al espiritual, uno debe terminar con sus posesiones, seguridades y comodidades espirituales. ¿Se nos olvida

de dónde venimos? No somos más ricos en espíritu hoy que antes. De hecho, somos receptáculos del Espíritu Santo. Esto por gracia.

Cuando un cristiano se olvida que su vida es fruto de Dios, entonces cree que es mejor que otros. Nada más falso y alejado de la verdad. Precisamente esa es la crítica de la modernidad al cristianismo: que se niegan a sí mismos, que exaltan la riqueza en lugar del instinto de poder (Nietzsche). No afirmamos el gozo de la vida por la vida misma. No encontramos la alegría en el yo. Nosotros, los cristianos, podríamos olvidarnos del espíritu de los tiempos, poseer nada y en esa pobreza hallar al Dios que proclamó Jesús.

En la pobreza hemos encontrado a Dios. Y él nos promete (sólo es promesa) su propio Reino.

### **Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados.**

El sufrimiento, he aquí el gran misterio del cristianismo, la incógnita que jamás se contesta en todas las Escrituras. Esto lo debemos reconocer todos los que creemos en el Dios judío. La pregunta “¿por qué sufrimos?” no tiene una respuesta explícita. Nos debemos conformar diciendo que Dios nos puede entender, que no hay manera más íntima de acercamiento a su creación que por medio del sufrimiento. Jesús sufrió y con el Él, también el Padre.

Jesús habla a los enfermos, a los que sufren, a los que lloran. Nos recuerda aquel Salmo: “los que siembran con lágrimas, cosecharán con gritos de alegría, aunque lloren mientras llevan al saco de semilla, volverán cantando de alegría, con manojos de trigo entre los brazos”. La cosecha que, ciertamente, no será en este mundo; que vendrá por gracia de Dios; los manojos de trigo que serán para saciar esa hambre que no viene por falta de comida sino por querer conocer algo que está más allá de este mundo. Hambre espiritual, hambre de nuestro Padre.

Dios mismo, pues, consolará a esa creación que hoy sufre. El Maestro no centra su mensaje en los sanos, en aquellos que dicen que no pasa nada, que parecen tener la vida asegurada, que dan la impresión de haber pagado sus cuentas desde antes de entrar a la tienda. No. El sano, dirá en otro pasaje, no necesita médico. Para el enfermo hay un médico. Los que sufren por su falta de espiritualidad y piensan que ya no hay remedio deben escuchar con fuerza las palabras de Jesús: sí hay salvación, no en este mundo, pero la hay. Allá arriba estaba el Padre, pero ahora, con Jesús, se ha acercado a su creación para recordarnos que detrás de todo esto hay un arquitecto, que no tiene sentido honrar la creación sino al creador.

La consolación que necesitan los enfermos, el pañuelo para limpiar lágrimas, la paz, todo eso viene a proclamar Jesús. Alégrate tú, enfermo y doliente, que ha llegado tu Salvador.

Esto suena muy bien desde la tranquilidad de gozar de buena salud. Los enfermos, los que hoy mismo sienten en su cuerpo el sufrimiento, ¿qué dirán? Pienso en Arturo, joven amigo que resume las pérdidas más dolorosas para cualquier ser humano. A los 11 años perdió a su padre, a los 19 a su madre, a los 20 a su novia, a los 21 le detectaron insuficiencia renal y mientras escribo estas líneas, Arturo se encuentra postrado en una deprimente cama de hospital. Lo oigo decir que no quiere volver a tener una relación con Dios. Me oigo decirle que él lo está esperando con los brazos abiertos. Él critica las prácticas hipócritas de la iglesia. Yo le digo que se concentre en su salvación personal. Mientras digo esto, un vecino de cama emite sonidos lastimeros, se queja por el dolor que siente. Mientras le digo que a sus 21 años le queda un futuro lleno de esperanza, él espera a que le hagan una hemodiálisis, sus riñones no funcionan y su cuerpo se llena de toxinas. Le repito que hay algo más que este mundo y él me responde que yo no sé lo que se siente tener una sonda, un aparato en su cuello que hace que su sangre se limpie. Sí: Arturo tiene en su cuerpo la incógnita más profunda e incómoda de la religión, ¿por qué sufre?

No lo sé. Jesús le dice que será consolado. Él grita de dolor. El Maestro enseña que ahí, en medio de esas lágrimas, está un Padre amoroso, presto a consolar.

### **Bienaventurados los mansos; porque ellos heredarán la tierra.**

Seamos sinceros, incluso si somos cristianos, ¿en verdad valoramos a los mansos, a los humildes? Sea que leas en tu oficina, en tu escuela, en tu oficina, contesta francamente: ¿son humildes tus héroes? Vivimos, nos dicen, en un *ethos* cristiano de tal suerte que la humildad es exaltada. Aunque sea sólo en Semana Santa o en Navidad; de dientes para afuera los humildes son exaltados. En la realidad, lo que nuestra sociedad sospechosamente cristiana pone en un altar es el egoísmo y la vanidad. No son los “mansos” quienes viven prósperamente en este planeta. Abre cualquier revista de negocios o de política y ahí aparecerán términos como “campana agresiva”, “líder ambicioso”, “yo tengo la solución” y otros más. Claro, políticamente es correcto decir que fulano o perengano es “sencillo”. La famosa cereza en el pastel de cualquier emprendedor exitoso, que además de conquistador sea humilde.

Pero Jesús promete la tierra a los mansos, a los que decididamente dejan atrás su ego y deciden poner en primer lugar a Dios. A ellos que se ocupan en mirar al cielo mientras caminan en la tierra les promete una tierra. La tierra prometida será para los mansos. No es esta una receta para alcanzar el éxito. No dice Jesús “si quieres heredar algo más grande que lo que tienes, sé humilde”. Esto no es una promesa condicional. Es una afirmación presente. Los que ya son mansos son dichosos.

¿Es este un llamado a la mediocridad? ¿Sólo los pobres pueden ser cristianos? Es lo mismo que hemos dicho antes: Jesús tiene que ver más con lo espiritual. Hoy solemos llamar a los pobres humildes, como si ambos términos fueran sinónimos. No. Se trata de una disposición de mente y comportamiento que tiene que ver con el desapego a lo terrenal, con el enfoque en una verdad superior, con una herencia mayor que cualquier chequera. Se equivocan aquellos cristianos que predicán el evangelio sólo a los pobres porque son más fáciles de convertir. Yerran los que van con los ricos por pragmáticos, porque darán el

dinero para los que vengan después. Ambas son aberraciones del verdadero espíritu del mensaje cristiano. Qué corto de miras sería Jesús si enfocara sus baterías en el aspecto material.

Jesús habla al espíritu y mente del ser humano. Los mansos son aquellos que obedecen su voz a pesar de todo. O quizá por todo. Volvamos al principio. ¿Qué cristiano puede jactarse de ser humilde? Seguramente que el manso y humilde es el último en enterarse. Esta bienaventuranza parece tener en mente al opuesto, a aquel arrogante que cree que es ya salvo y que no hay más que vivir y criticar a los malos de este mundo. Escucha, orgulloso, para ti no hay tierra prometida, esta será reservada a los que parecen consentidos de Jesús: los humildes.

### **Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; porque ellos serán saciados.**

He aquí uno de los pasajes favoritos de los movimientos justicieros de toda la historia cristiana; una bienaventuranza tantas veces malentendida, tantas veces interpretada para satisfacer intereses y prejuicios personales que puede llegar a parecer una vacía promesa social.

Jesús está llamando a los sedientos y hambrientos de justicia pero, otra vez, la promesa no es para este mundo. No serán saciados aquí por la sangre de los malos de la historia, por mandar al paredón a los injustos. No es con fusil y granadas con los que se hace justicia. La justicia de Jesús tiene que ver más con la justificación. Aquí es donde los justicieros arquean las cejas y ven con sospecha esta interpretación. Pero pensemos un poco más: si asumimos que Jesús vino a justificar al ser humano, es decir, a absolverlo de culpa delante de Dios, si además suponemos que lo de Jesús tiene que ver con lo espiritual, ¿no tiene más sentido ver esta bienaventuranza como un llamado a buscar a Dios? ¿No serán los sedientos y hambrientos saciados por el Padre eterno? ¿No estaría Jesús avisando que la justicia de la que habla no tiene que ver con meter a la cárcel al ofensor, con pagar ojo por ojo y diente por diente sino con buscar el Reino de Dios? Así que Jesús está llamando dichosos a los que tienen ahora mismo esa hambre espiritual, esa sed que, lo dirá en Juan, sólo puede ser saciada por el Maestro.

Entonces, ¿perderemos de vista lo social? Tengo amigos entrañables que afirman lo contrario. Jesús, argumentan, vino a prefigurar las ONG, la defensa del desvalido, la búsqueda activa de la justicia. Salgamos a la calle a protestar contra las malas legislaciones, alcemos la voz para denunciar la corrupción, vayamos a las montañas a hacer justicia social con aquellos que el Estado ha olvidado (o ha querido olvidar). Me dicen, y los escucho con atención, que el pueblo de Dios tiene algo que decir ante las injusticias de este mundo. Algo hay que hacerse ante la discriminación, los crímenes, la pobreza, el medio ambiente, los abusos policíacos. Citan ejemplos de hoy y ayer. Citan al Maestro en este pasaje. Y los escucho con el interés de uno al que se le está anunciando la Buena Nueva. Pero, si justificamos todo eso con esta bienaventuranza, erramos.

La enseñanza de Jesús tiene un componente social innegable, pero incluso así, el Maestro está llamando aquí a aquellos que buscan incansablemente al Padre eterno, al Dios que proclamaron todos los profetas, desde Moisés hasta Juan el Bautista. Al final del camino de esa predicación está Jesús mismo. La promesa. El tiempo en que está conjugado el versículo es futuro. Es en el tiempo escatológico cuando estos sedientos y hambrientos serán saciados. No antes. Pensarlo así sería creer en un profeta más, en un provocador, en un revolucionario, en un pensador social. Pero Jesús es más que todo eso junto: es el Salvador y el Señor de quienes así lo deciden.

Además, algo debería decirnos el orden en que Jesús va lanzando la semilla: pobres, sufrientes, mansos y, en cuarto lugar, los buscadores afanosos de justicia. Los que buscan la justicia del Señor serán recompensados con el agua viva que es Jesús. Lo espiritual es prioridad en el camino que señaló el Maestro de Galilea.

### **Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia.**

Claro que hay un componente altamente social en el mensaje de Jesús. Y aquí está. El cristiano no es un ser dentro de sí. mira hacia dentro pero actúa afuera. Jesús no es el gran místico de la meditación, de la vida interna, no enseña a escapar de la sociedad, que ellos, los malos, mueran en sus pecados mientras nosotros huimos de esta Sodoma en que se ha convertido la sociedad actual. Todo lo contrario.

El Maestro anima a aquellos que piensan en sus semejantes. El prójimo debe tener un lugar central en la mente del cristiano. Y la manera en que uno empieza a preocuparse realmente por el prójimo es por medio de la compasión. La compasión que es un acto; un sentimiento que termina convirtiéndose en una acción concreta. Es mucho más que sentir lástima, es mucho más que pensar cosas positivas. Se trata de que el creyente pase del dogma a la praxis. Porque si uno se queda en la teoría del amor al prójimo, esto no pasa de ser una gran idea. Jesús enseña que hay que trascender el conocimiento meramente intelectual para pasar entonces a aliviar las necesidades del otro.

La “otredad” no es para Jesús un asunto menor. El Maestro no fue pasivo con los necesitados. Es más, podría decir que su ministerio consistió en practicar lo que enseñaba, en acercar a su Padre a una sociedad desamparada no sólo espiritual sino también materialmente.

El mensaje de Jesús no puede ser reducido a lo interior. Eso es egoísmo disfrazado de piedad. En todo el Nuevo Testamento no hay un sólo cristiano que se aísle de su comunidad para no contaminarse. Pedro y Juan predicaron en Jerusalén y como su Maestro también incluyeron el componente de la salud física. Incluso Pablo que sabía de retórica, no se quedó en sus predicaciones doctrinales. Según narran los Hechos de los Apóstoles (que en realidad debería llamarse de Pablo y el resto), el ex fariseo llevó la tranquilidad a los cuerpos de sus oyentes.

¿Significa esto que un cristiano que no sana el cuerpo no merece llamarse así? No. Un cristiano tampoco puede quedarse en el espectáculo y en lo exterior. Al final de cuentas, el mensaje de Jesús trasciende este mundo. No hay nadie que pueda salvar al hombre de la corrupción de su carne. Es decir, todos vamos a morir. Para unos será condenación eterna; para otros vida eterna espiritual. O al menos una vida distinta a esta que conocemos. El seguidor de Jesús también sana la parte espiritual. El que tiene compasión del estado espiritual de su prójimo, el que no pasa por alto lo que su vecino, su compañero, su pariente quiere y necesita, ese también será digno de que el Padre lo compadezca.

### **Bienaventurados los de limpio corazón; porque ellos verán a Dios.**

En otro pasaje, Jesús dirá que todo aquel que no tenga el corazón de un niño no podrá entrar al Reino de los cielos. Si tú cuentas con una actitud recta, sin dobles intenciones, sin hipocresías, honesta; felicidades, verás a Dios. Y es que si lo pensamos más detalladamente, el creyente que desea tener una relación con Dios sabe de antemano que deberá contar con un corazón libre de suciedad. Una de esas formas de intimidad con el Padre es por medio de la oración. ¿Cómo llegar a una cita tan importante con el Ser más importante del Universo si no es con una actitud clara y honesta?

Sin embargo, no basta con tener una actitud franca con el Señor. Porque si fuera así, cualquier criminal que reza todos los días para que salgan sus negocios tendría razón al decir: gracias a Dios me fue bien este día, cuando bien significa robos, asesinatos y maldad perpetrada. Un hermano me contó esa anécdota: vivía en un lugar que parecía la cueva de los 40 ladrones. Me cuenta que invitó a uno de ellos a conocer de Cristo. El individuo no quiso pero un día se encontró con el hermano por la mañana y le pidió que orara para que le fuera bien en su trabajo. En la noche, el hermano lo volvió a ver ya con el botín en sus manos. Mira, gracias a Dios me fue bien hoy. Es una historia real. La historia del cinismo, la estupidez y la ignorancia sobre lo que Dios quiere y puede hacer.

El ladrón estaba equivocado: no fue Dios quien cumplió con su maldad, fue él mismo y sus instintos animales. Porque para presentarse ante el Creador sólo hay una forma: Jesús. Con esta bienaventuranza, el Maestro prepara el camino para el gran final de la primera parte de su sermón. No hay forma de acercarse a Dios con una justicia humana porque no alcanzaría. El ser humano sin Jesús es como ese ladrón cínico, que no quiere darse cuenta que la palabra Dios es eso, una simple palabra para paliar su conciencia. Para ver a Dios un día, el camino es Cristo. Y cuando decimos que el camino es Cristo decimos que hemos de morir a nuestra propia naturaleza pecaminosa, no por nosotros mismos sino precisamente por esa fe que no es otra cosa que decir sí al camino que vino a enseñar el Maestro.

Cuando uno sigue a Jesús y todos los días pide por un limpio corazón, lo que pedirá a Dios no serán asuntos meramente egoístas. No usará a Dios como un analgésico. Más bien lo hará el centro de su vida. Ciertamente, es el Padre quien provee, quien sana, quien repara y quien crea, pero el hombre sólo debería tener fe en que el Padre lo hará a pesar suyo. Dios da a los de corazón limpio incluso cuando éstos no se lo piden.

Pasamos otra vez de lo externo (los misericordiosos) a lo interno: los de corazón limpio. Como los niños, los cristianos saben que sin el Padre estarían muertos. Ello lo van a ver un día.

### **Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.**

La octava bienaventuranza se enfoca en los que padecen la persecución por causa de la justicia. Los primeros que se nos puede venir a la mente son aquellos caídos en el combate contra los malos; las balas que destrozan el rostro y la vida de quienes procuran la paz en este mundo, la sangre fresca de los que en esta hora han dado su último aliento para vencer a los criminales. Puedes estar pensando en los policías y soldados honestos que mueren por la mano asesina de sicarios. Pareciera que a nuestra sociedad (¿cristiana?) le gusta la sangre de los inocentes.

Ya mencionamos que la justicia a la que se refiere Jesús no es esa de tipo humano que “da a cada quien lo que se merece”. Ni siquiera es una del tipo “readaptación social” que algunos países ingenuamente tratan de implementar. Su justicia es aquella que significa obedecer a Dios. La bienaventuranza parece una advertencia: hay personas que se oponen activamente a que otros hagan lo que el Padre quiere.

El verbo ahora es presente: los que ya padecen persecución son dichosos. No hay mártires por vocación. Los creyentes que han muerto por defender su fe no buscaron el martirio. Así que hay que desconfiar de esos cristianos que van por el mundo provocando su sufrimiento. Hacer lo que es justo tiene, de por sí, su riesgo. Pero ningún seguidor de Jesús busca su muerte. El Maestro mismo, cuyo destino era morir y resucitar, no azuza a la violencia e incluso hay pasajes donde se nota cómo rehúsa la confrontación. Y es que ser cristiano, decirlo y vivirlo, confronta.

Todo esto trae de regreso el asunto del sufrimiento. Los críticos dirán que el Dios en el que creemos es un tanto sangriento por permitir esto. Otra vez debemos decir que ese es el gran misterio de nuestra fe. ¿Por qué han de sufrir los que hacen lo justo?

### **Bienaventurados los pacificadores porque Dios los llamará hijos suyos**

Decir que vivimos en un mundo violento es decir una perogrullada, un lugar común, nada nuevo. Todos sabemos eso. Y también que hay varios tipos de violencia: física, verbal, mental, espiritual y las que quieran añadirse. ¿Por qué nos hemos acostumbrado a vivir así? ¿Es acaso una característica sine qua non del ser humano? ¿Ser humano significa ser violento? Hemos vivido con guerras y conflictos entre hermanos, vecinos y desconocidos. El pregonado progreso se ha construido no con la razón sola sino con mente y manos, con cerebro y sangre. Y entonces llega Jesús a decir “dichosos los que trabajan por la paz”.

Jesús invirtió los valores de moda en su tiempo. ¿Cómo recibiría un soldado romano esta declaración? ¿Y un soldado moderno? Nos movemos no por una doble moral. No, esta frase es también cliché. Más bien, los cristianos se han acostumbrado a creer que lo que dice Jesús está bien idealmente, que él lo dijo porque era el Hijo de Dios. Dile esto a un policía o a un soldado. El ideal, el altar, las fiestas solemnes que ha sacralizado el occidente culto y secular. Gandhi se codea con Jesús y la Madre Teresa en la escala de héroes de tirios y troyanos. Es correctamente político decir “Gandhi” cuando a uno le preguntan sobre un líder ejemplar. Muy bien. Pero en la vida cotidiana, ¿cuántos trabajan por pacificar? ¿Qué es trabajar por la paz?

Nos deslizamos nuevamente entre lo interno y lo externo. Y es que no hay opción: así es el cristianismo. Vayamos a lo íntimo. La carta de Santiago dirá que es del interior de donde surgen las peleas. El ser humano busca la guerra para satisfacer deseos egoístas. Los que buscan la paz, deberán ponerse al día en su tranquilidad interna para entonces buscar la paz del mundo. Uno puede ganarse la fama del heroico defensor de los derechos humanos, pero, si en casa es un tirano, si sus hijos temen su llegada, si la esposa tiene marcas de violencia, ¿de qué le sirve su servicio a la humanidad? ¿Se vale sacrificar la vida privada por la defensa de las masas? Jesús no enseñó eso y quizá sea la marca distintiva de los pacificadores cristianos. Predicamos del interior al exterior. Predicamos que para que tu familia, tu comunidad, tu sociedad viva en paz, debes empezar por ti. Ahí donde hay individuos que buscan su paz interior, ahí debería haber armonía. Una sociedad pacífica está compuesta de hombres y mujeres pacíficos.

Paz también tiene que ver con seguridad. Si en el país donde vive se goza de seguridad, uno puede estar en paz. Seguridad tiene que ver con certidumbre, con saber que si camino por las calles a la una de la mañana el único peligro que corro es que tropiece con una piedra que no vea a causa de la oscuridad. Por eso los criminales atentan contra Dios mismo: van en contra de la paz de las personas. Pero también por eso, las fuerzas de seguridad que anteponen el tolete y el miedo a la prevención y el respeto atentan contra la paz. No es con toletes ni con palomas blancas con los que se conseguirá la paz. Esta viene de seguir a Jesús. Sí, otra vez arquean las cejas aquellos que creen que este mensaje es político (y correcto) antes que religioso y espiritual.

No podemos callar el mensaje espiritual que tiene esta bienaventuranza. Su promesa apela más a un sentimiento de seguridad que a una acción consecuente con la característica que se exalta. Los misericordiosos gozarán de misericordia, de los pobres es el Reino de los cielos, pero los pacificadores serán llamados hijos por Dios mismo. ¿Todavía hay duda de la parte eminentemente espiritual de este mensaje? A un ateo le importa un cacahuete que le llamen hijo de Dios. Pero no a un cristiano. Y menos que lo llame Dios mismo. Todos pueden decir que son hijos de un Padre famoso y poderoso, pero la verdadera prueba es que ese Padre los llame Hijos. Aquí se cierra el círculo: Dios aprueba a aquellos que buscan la paz de las personas. No sólo trabajamos para que una persona se sienta bien, lo hacemos porque obedecemos un mandato mayor: amar al prójimo. Y la orden no viene de nuestras tradiciones pacifistas (¿cuáles?) sino del Padre en el que decimos creer.

Todavía no entiendo cómo unir cristianismo con nacionalismo. No entiendo cómo supuestos cristianos pueden unir dos términos tan opuestos entre sí como patria y Dios. ¿Ya escucharon los himnos nacionales? Apelan a la guerra, a la defensa de esa cosa llamada Nación. Eso no enseñó Jesús. Me sorprende que el cristianismo se haya asociado con los peores criminales y guerreros de la historia. Me sorprende que muchos de los ciudadanos de nuestro panteón cultural sean generales, antiguos criminales, personas que no miraban la cruz que traían en alguna parte de su indumentaria para mutilar, herir y asesinar a su prójimo. Lo pienso y siento náuseas. Sin embargo, no debo ni puedo (ni lo deseo) cargar con las culpas de los supuestos cristianos de toda la historia. ¿Negaré a Cristo a causa del llamado “cristianismo negro”? Cuando oro, ¿debo tener en mente las cruzadas, la inquisición, el asesinato de católicos en Irlanda, de evangélicos en México y los sacerdotes pederastas? No lo puedo hacer. No es el cristianismo quien ha cometido estos y más (y peores) crímenes. Han sido los que se dicen cristianos. Pero ellos no son ahora dichosos. Jesús dice que a ellos el Padre no los llama hijos.

Paz, como fe, es una palabra sin sentido cuando se le quita el componente espiritual. Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad. El mundo sería mejor, creo, si obedeciera a Jesús. Si no el mundo, sí al menos ese veterano movimiento llamado cristianismo.

**Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Regocijaos y alegraos; porque vuestro galardón es grande en el cielo; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.**

Aquí está la parte que muchos quisieran saltarse. La parte comprometedora del mensaje. El círculo se cierra: Jesús es la verdad y por la verdad vale la pena ser insultado y perseguido. Es el compromiso máximo de un seguidor. Un discípulo de Cristo lo seguirá en las buenas y, principalmente, en las malas. Los grandes hombres han sido siempre perseguidos, incluso los profetas, personas que “el mundo no merecía”, fueron aserrados por la mitad, apedreados, maldecidos por la sociedad. Jesús mismo padecería la más ignominiosa de todas las muertes imaginables en esa sociedad del siglo I.

Es cierto que estas verdades son universales. Escuchemos al crítico que, con el *Eclesiastés*, dirá que no hay nada nuevo bajo el sol, ya Buda lo había enseñado antes. Quizá. Pero lo que el Maestro está diciendo aquí es una prevención contra los malos entendidos: este es el camino que el Hijo de Dios está trazando y sus seguidores deberán pasarlo les guste o no. Ahí, en obedecer al Señor, se demuestra quién es cristiano de verdad y quién cristiano de teatro. Porque, hasta la bienaventuranza anterior, todo el mundo podría estar de acuerdo. Podríamos crear un programa ético y cultural basado en estas pequeñas sentencias. Está de moda aquello del multiculturalismo, tolerancia, responsabilidad social. Pues bien, el programa del Maestro podría ser planteado por un no creyente y todos aplaudirían. La izquierda diría que ese es el programa histórico de los movimientos progresistas de todas las épocas. La derecha diría que ese es el objetivo final de toda política pública. Secularicemos el sermón de la montaña y seamos felices.

¿Es válido mutilar el mensaje para embellecerlo? El Rabí galileo no truncó el sermón en la octava bienaventuranza. Dijo una más, la novena que sintetizaba el ministerio y que en el evangelio de Juan aparece con total nitidez: él es el camino, la verdad y la vida. Si uno quiere tener las características que exalta el Maestro, debe seguirlo y hacerlo el Señor de su vida. Es más, si uno quiere darle el pleno sentido al mensaje de estos pasajes, debe creer en Jesús. Y hacerlo con todas las consecuencias que significa eso. Aquí, en padecer por su causa, está la médula de la fe activa: el pobre lo es porque ha olvidado su ego y ha puesto a Dios en primer lugar; el enfermo puede soportar el dolor porque sabe que hay una realidad más allá de esta, donde estará mejor; el humilde no ha dejado que las cosas de esta tierra lo enreden porque sabe que hay una herencia superior, los sedientos de justicia saben que ésta sólo se consigue por obra de Cristo, los pacificadores creen en una paz que está más allá de la no violencia y los que padecen por la justicia saben que hay algo superior a la comodidad de vivir y dejar vivir. Ese “más allá”, ese “algo”, eso “superior” tiene nombre: Dios; un profeta, Jesús de Nazareth; un sólo camino para llegar, Jesucristo, y un asistente, el Espíritu Santo.

Jesús de Nazareth, constituido Señor y Mesías, vino a proclamar a un Dios vivo y misericordioso y a prefigurar una realidad actual: el Espíritu Santo. Esto, nos guste o no, se llama cristianismo. Por eso, aunque sea políticamente incorrecto decir que los derechos humanos, que la paz mundial y que el desarrollo sustentable tienen una base cristiana, hay que recordarlo. Por supuesto, todo cristiano debe también recordar que Jesús nació, vivió y murió como judío. Jesús oró al Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Sólo así podemos decir con total seguridad que el programa de paz y desarrollo moderno tiene raíces judeo-cristianas.

Pero no nos quedemos en los asuntos políticos. El Señor de Galilea está diciendo que sus seguidores van a sufrir, que como todos los que levantan su voz para decir “Dios ha dicho...” (profetas) padecerán persecuciones. Los seguidores de Jesús son perseguidos por los que se oponen a la verdad de esta enseñanza, incluso cuando se digan... cristianos. Porque si un habitante de otro planeta llegara a la Tierra y leyera la historia del cristianismo, se daría cuenta que cristianos han asesinado cristianos. Ante tal espectáculo patético tendríamos que decir a ese habitante que hay lobos disfrazados de ovejas y que al Maestro lo han usado para los fines más infames. Los profetas parecen tener un final trágico. ¿Podríamos atrevernos a preguntar en qué terminará el verdadero cristianismo?

Verdadero y falso, original y copia. Términos tan resbalosos que conviene ir con precaución extrema. El apóstol Pablo dirá en un pasaje revelador que Dios juzgará a los de afuera. He aquí otro engaño políticamente correcto: no juzgues al hermano. No es juicio, es llamado a practicar la *metanoia* que enseñó Jesús, a no temer a todo lo que viene cuando uno dice soy cristiano. El valor de ser (Tilich) no está en conquistar nuestro carácter, está en hallar a Dios y proclamarlo desde nuestra debilidad. Por nuestra debilidad. Por eso, porque no tendremos jamás el poder para ausentar a los perseguidores, Jesús exhorta a los justos que sufren por él: el galardón es más grande que cualquier premio terrenal.

Este mensaje y la esperanza que trae consigo han hecho que millones de seres humanos tengan un sentido en esta tierra. Un sentido que, paradójicamente, no está aquí.

*Bienaventurados los seguidores de Jesús, porque un día lo verán.*